

ratados y exterminados con igual coraje por aquel puñado de hombres, que desde las primeras guerras de Italia habían asombrado á sus enemigos, al terrible grito de *desperta ferres*, con que sacudiendo sus armas en las rocas, daban la señal del más sangriento deguello. «Com si anassen per un jardí» dice Muntaner que se veían los almogavares entre las temibles filas de los caballeros de la Muerte, al consumir su exterminio en las llanuras de Gaylano <sup>1</sup>; y no de otra manera, y pareciendo siempre que se multiplicaban por su temerario y portentoso esfuerzo, destruían y aniquilaban en toda parte aguerridos ejércitos, defendidos por millares de caballos, cuya sola vista ponía espanto en el más alentado pecho. Muntaner, cristiano por excelencia, atribuye todos aquellos triunfos á la protección divina.

Mas si atribuyó el cronista á tan alta mediación las repetidas victorias en que logró su nombre no corta fama, no por eso perdonó las culpas, que afearon las proezas de Berenguer de Rocafort, alma un tiempo de la *Compañía* y tizon al cabo que la incendia y destruye, no sin que la Providencia dejase de castigar sus crímenes <sup>2</sup>. Aquellos mismos lugares, consagrados por la doble aureola de la religion y de la historia, aquellas comarcas que ya repitieron admiradas los nombres de Aquiles y de Héctor, ya contemplaron envanecidas la grandeza de Alejandro, si fueron teatro del no igualado valor de los almogavares, presenciaron también sus vergonzosas discordias y fueron presa de sus feroces venganzas. Cuando despedazados por sus propios odios y sin cabeza que los gobernase, fueron llamados al suelo de Atenas por el conde de Brenda, ni aun siquiera pudo seguirlos la animadversión de los vencidos: los dominadores del Asia y Macedonia, que se preciaban de haber *encavalgado el imperio* de Constantinopla á su guisa <sup>3</sup>, dejaban aquellas regiones, donde no

<sup>1</sup> Cap. 191.

<sup>2</sup> Narradas las deslealtades de Rocafort, refiere su prision por Tibaldo de Sipoys, que le entrega al rey Roberto de Nápoles y añade: «Et com lo rey Rober lo tench, ell lo trames á Castell Aversa é en una volta el lo'mes; »e aquí ell lo lexa murir de fam... E axi podest vaer que qui mal fa, nol se »lunya de sí, etc. (Cap. 239).

<sup>3</sup> La frase de Muntaner es: «Senyorejam tota la terra é caualcauem l'Imperi á nostra guisa» (Cap. 229).

entró el arado en cinco años, desiertas de todo punto y marcadas únicamente con el terrible estigma del hierro y del fuego. No otro es el doloroso resultado de la heroica narracion de Muntaner, cuyo ánimo sólo descansa al ver restablecida en Atenas la autoridad del rey de Sicilia, asegurada así alguna parte de tan descabelladas como sorprendentes conquistas. Justo es repetir que la noble figura del historiador no llega jamás á oscurecerse y que esclavo de la verdad, como lo es de la rectitud, arroja la pluma en el instante en que teme que pueda aquella padecer detrimento <sup>1</sup>.

Tras la memorable expedición de aragoneses y catalanes, reanuda Muntaner la historia de los reyes *dell casal Daragó*, que es el principal intento de su libro; y sin que deje de tener parte activa en los sucesos que narra, ya como alcayde y señor temporal de Gerba, ya como fiel mensajero de los reyes, expone todos los sucesos relativos á los reinos de Aragon, Mallorca y Sicilia, deteniéndose algun tanto en la expedición que lleva á cabo don Jaime II contra los moros de Andalucía y en la conquista de Córcega, encomendada al infante don Alfonso. Al contemplar Muntaner el grado de prosperidad en que el *casal Daragó* se encuentra, asentado ya en el trono aquel príncipe, compara su poder y fuerza con la de una mata de juncos, que no puede ser arrancada por diez hombres, mientras junco á junco es fácilmente extirpada por un niño <sup>2</sup>. Las fiestas de la coronación de Alfonso IV cierran finalmente aquel peregrino libro que, aunque no debidamente apreciado, ha sido calificado como la «crónica más original del mundo» <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Villemain, *Tableau de la littérature du moyen âge*, lec. XXIV, página 327 de la ed. de 1852.

<sup>2</sup> Referido el establecimiento de la Compañía en Atenas, donde habían tomado los soldados tales mugeres y tan nobles que no merecían siquiera darles agua á manos (que non li tanguera que li donas aygua á mans), dice Muntaner: «Ara daqui auant uos jaquesch á parlar... de la Companya: que »daqui auant nom entrametria dells á parlar; que depuys fuy vengut en »Catalunya, ells son tan luny que á hurtes auria á parlar de llur feyt; é yo »no uull en aquest libre metre mas çó que es vera veritat» (Cap. 243).

<sup>3</sup> Cap. 292.

Y en efecto: la forma expositiva de los sucesos, la pintura de las costumbres y caracteres, la descripción de las batallas y sitios de ciudades, los diálogos y arengas que sostienen y pronuncian los guerreros, todo contribuye á dar suma originalidad y levantada estima á la crónica de Muntaner, cuyo estilo y lenguaje reciben también especial fisonomía de la ingenua sencillez del soldado y de la materia histórica de su libro. En Ramon, recogido al hogar doméstico en su alquería de Xiluela, al cabo ya de una vida, gastada en largas y gloriosas empresas militares, duerme tranquilamente en su lecho, cuando se le aparece un «*prohom veyl, vestit de blanch*» y le dice: «Muntaner, levántate, sus; y comienza á hacer un libro de las grandes maravillas que has visto y que Dios obró en las guerras, en que te has hallado». Muntaner duda; la visión reaparece, y exortándole de nuevo y bendiciendo á su mujer y á sus hijos, le mueve á escribir la historia. El veterano de Sicilia, el maestro racional de Galipoli, el señor y alcaide de Gerba tiene por númen único la verdad, que trasmite á sus oyentes en virtud de aquel divino mandato. Esta obligación es constante: su palabra dirigida sin cesar al auditorio que en su mente crea, es franca, leal, sencilla, retratándose en todo el discurso de la narración aquel placer de quien sabe que ha de ser tenido por verdadero, porque nadie duda de la honradez de sus intenciones. Llévale acaso el conocimiento del propio valer y de los suyos á mostrarse arrogante y jactancioso; pero como todo proviene del auxilio celestial, como para él los triunfos de los soldados españoles son más bien concedidos por Dios que alcanzados por humano esfuerzo, no ofende ni mortifica su jactancia.

De estas condiciones especiales nacen pues las formas expositivas, tan semejantes á las de la narración épica, como propia era de la misma una gran parte de la crónica <sup>1</sup>: de igual

<sup>1</sup> La expedición de aragoneses y catalanes se comprende desde el cap. 193 al 243, ya citado. Muntaner intercala con frecuencia en la narración estas ó análogas frases: «*Qué us diré?—Qué os diria?*—Otras veces dice: «*Cascú de vosaltres qui oyrets.—Agora vos lexare estar aquets senyors;—ara vos lexaré á parlar del senyor rey Daragó é tornarvos he á parlar del senyor rey de Sicília.—E si aléu me demana qui era etc.—Ara vos lexare*

fuentes provienen lo pintoresco y lo natural del estilo y del lenguaje, en cuyas prendas dista Muntaner en gran manera del caballero Desclot, así como en las demás cualidades que á uno y otro avaloran: Desclot es más compuesto, más artificioso, como más erudito: Muntaner, aunque no ayuno de erudición histórica y en especial caballeresca, según adelante advertiremos, se entrega con más frecuencia á sus naturales instintos, y su frase es más suelta y flexible y su dicción más popular y menos selecta: Desclot es el cronista de la corte: Muntaner el narrador de los campamentos.

Al lado de estos escritores que honran la literatura catalana, florecen también al caer del siglo XIII y al comenzar del XIV, algunos moralistas que, como Raimundo Lulio y los poetas arriba mencionados, siguen el extraordinario impulso que desde la España Central imprime á las letras la autoridad de Alfonso X. Señálase acaso como primero entre todos Rabbí-Jahudáh-ben-Astruh, judío de Barcelona, quien sin abjurar del hebraísmo, recibió de don Jaime II el encargo de «*aiustar et ordenar paraules de sauis et de filosofos, et traure de libres arabichs, et aquelles tornar escriure en romanç* <sup>1</sup>.» Contribuía este libro, cuyo origen oriental no puede ser contradicho, á extender en el suelo de Cataluña la influencia didáctica-simbólica, iniciada desde mediados del siglo XIII por el

«*á parlar dels misatgers que sen uan cascú per llur casmí, etc.*»—Tomando otras veces parte más directa en la exposición, escribe: «*Veus ab quina dolor podia viure.—Veus quin bé vench per les males obres del emperador é per la trayció, quins faeren.—Si agui dol, com lo viu en poder daltras gents, no mo demanets; etc.*»—Disculpando alguna vez la necesidad de pasar de unos á otros asuntos con excesiva frecuencia, observa: «*Alcuns dirán: ¿Cóm se passa en Muntaner axi sumariament daquestes feyts? etc.*» Estas acotaciones, sobre dar á conocer perfectamente la índole de la narración, confirman cuanto advertimos en el texto, en orden á los medios expositivos, debiendo recordarse lo que respecto de este punto dijimos ya acerca de las crónicas castellanas (II.ª Parte, cap. XI, del t. III.)

<sup>1</sup> El primero que dió noticia de esta obra, fué don Jaime Villanueva, en su *Viaje literario*, t. XVIII, pág. 176.—El códice, que se guardaba en la Biblioteca de Santo Domingo de Barcelona, pertenece al mismo siglo XIV y estaba escrito en papel, constando de sesenta y cinco capítulos. En la Biblio-

rey Conquistador con el celebrado de la *Sauiesa*; y puesto en el mismo idioma el tratado que andaba ya entre los doctos con el título de *Proverbia arabum*; escrito por Mossen Arnau el *Libre dels bons ensenyaments*, y traducido también, según oportunamente indicamos, el famoso de la *Disciplina Clericalis* de Per Alfonso<sup>1</sup>, hacíanse connaturales á las letras catalanas aquellas formas artísticas, penetrando hasta en las obras ascéticas, como estaba sucediendo en Castilla. Ningun monumento más á propósito para comprender hasta qué punto llega esta influencia, que el libro denominado El *Crestiá*, inagotable arsenal de cuanto respecto de moral cristiana se sabía en el siglo XIV, y repertorio abundantísimo de curiosas noticias relativas á las costumbres de todas las clases que componían la sociedad en aquella época<sup>2</sup>. En este libro pues ya tomándolos de las fuentes

teca Nacional existe una copia sin duda del siglo XV, con el *Libro de los Doce Sábios* que en su lugar examinamos. No lo mencionan ni don Nicolás Antonio ni Rodríguez de Castro, siendo no obstante de sumo interés para la historia de las letras, por ofrecer respecto de las catalanas el mismo espectáculo que en la corte de Toledo habían presentado los rabinos respecto de las de Castilla.—Don Jaime II seguía, al mandar que Jehudáh-ben-Astruch trasladase al idioma vulgar los *paraules dels savis*, el ejemplo dado por don Alfonso X.

1 Véase Villanueva, t. XX, pág. 123 del *Viaje literario*; Amat, página 57 de sus *Memorias*; y recordando lo dicho antes de ahora, consúltese el precioso códice de la Biblioteca Nacional, único ejemplar de la traducción catalana de la *Disciplina Clericalis* de Pero Alfonso, que ha llegado á nuestros días.

2 El libro de *Christiá* ó del *Crestiá*, debido al obispo de Elna, don Fray Francisco Ximenez, autor de otros varios, de que adelante hablaremos, se dió á la estampa en Valencia el año de 1484, con el siguiente título: *Crestiá, regiment de princeps*. Pero no se encamina sólo á reglar la vida de los príncipes, sino que tiene por objeto labrar la felicidad de todo cristiano, cualquiera que sea su estado y categoría. Esta generalidad le dá extraordinario interés, y le presenta en cierto modo como la enciclopedia del siglo XIV. Nosotros hemos consultado dos notabilísimos códices de dicho libro: el primero que existe en el Escorial con los signos T. j. II, es un tomo en fólio, lujosamente escrito en pergamino y exornado de preciosas viñetas, orlas y letras iniciales, el cual contiene la primera parte de la obra, declarando su objeto y el nombre del autor en esta forma: «La fin principal d'questa obra present es illuminar, endressar é despertar, adocetrinar é

orientales que dejamos reconocidas, ya del precioso *Hortulus*, oportunamente mencionado, ó ya en fin de un *Fabularius poeticus*, que cita el mismo autor y es tal vez el que tuvo presente el Rey Sábido en su *Grant Estoria*<sup>1</sup>, son tan frecuentes y tienen aplicación tan directa los apólogos que sobre formar no pequeña parte del tratado, estriba principalmente en ellos la ilustración de la doctrina<sup>2</sup>. De esta manera, dominando en todas las producciones de los eruditos catalanes las mismas formas que se habían generalizado en la España Central, ofrecían las letras cierta unidad, hasta ahora no bien estudiada, y fiadora ya del espíritu de nacionalidad que siglos adelante las alienta y caracteriza<sup>3</sup>.

«amonestar tot fidel cristiá de auer diligent cura de la sua vida é de lo carrera de Deu... é aquest libre se apella *Christiá* per tal car axis conten sumariament tot lo fundament de cristianisme... L'actor daquest libre, apres Deu, es estat un religiós del ordre de frares menors, apellat frare *Francesch Eximenic*, maestre en la saneta theologia.»—El segundo códice, que se custodia en la Biblioteca de Madrid, signado P. 6, es también un volumen fólio, escrito en pergamino y papel, é ilustrado en la primera foja por varios escudos, retratos y otras figuras: contiene la tercera parte y fué adquirido en 1417 por los monjes de San Gerónimo del Valle de Abrón de la viuda de Ramon Zauall, por medio de Guillen Comés, corredor de libros.

1 II.<sup>a</sup> Parte, cap. XI, del t. III.

2 Los apólogos insertos en las tres muy voluminosas partes del *Libro del Cristiá*, forman una de las más bellas colecciones de cuantos se escribieron en la edad media, contándose dos, tres y aun cuatro en algunos capítulos. Abriendo fortuitamente por los últimos de la tercera parte, hallamos en el 497 *dues histories*, relativas al justo galardón de las acciones, prosiguiendo en los restantes los *exemples*, sin interrupción alguna hasta dejar comprobada en diferentes conceptos la doctrina. En la imposibilidad de poder copiar algunos de estos apólogos, para no dar excesivo bulto á estas notas, nos contentaremos con dejar consignados tan significativos hechos, no sin advertir que se eslabonan perfectamente con la enseñanza que respecto de la admisión de la forma simbólica hemos deducido del estudio de los libros de Raimundo Lulio, y principalmente del *Arbor Scientiae*.

3 Bien se comprenderá que no son estos los únicos libros que en el sentido didáctico produce la literatura catalana. Entre otros que pudieran citarse, así en prosa como en verso, merecen especial mención los *Proverbios de grant moralitat* que hizo Mossen Pero March, el viejo, autor de otras gentiles cosas (*Santillana, Carta al condestable*, n.º XIII); el *Libre Gentil ó dels tres savis*, traducido al castellano en 1416 (Amat, *Memorias*, página

No es en las regiones occidentales de la Península tan general y sobre todo tan decisivo y característico el movimiento literario, que naciendo en la antigua Galicia, se había extendido de norte á medio-día, si bien debían también reflejarse sus producciones en el gran cuadro de la literatura española, luego que dejando la imitación de extraños modelos, aspirase aquella creciente nacionalidad á ostentar su preciada independencia en las lides intelectuales. Y no carece de recta explicación este hecho: hijo el pueblo portugués de las conquistas, á que dieron cima los reyes de Asturias y Galicia; ensanchado su territorio hasta el punto de formar un Estado bajo los estandartes de Fernando, el Mayor, y de Alfonso VI, constituyese aquella nacionalidad con los despojos del antiguo reino gallego, cuando daba ya su historia y sus héroes la creada en las regiones centrales de la Península. Así, aunque fuese heroica por excelencia la actividad bélica de los primeros reyes portugueses, aunque les concediéramos una ilustración superior á la de los castellanos, para tomar parte en el cultivo de las letras <sup>1</sup>, era humanamente imposible que se desprendieran en un día de tantos lazos como los ligaban á sus padres, y más aun que se ostentara ya exornado de indígenas flores el árbol apenas plantado en aquel suelo. Gozó pues Ga-

706), y el titulado *Menispreu del mon*, códice que se guarda en la Bibl. Esecur. con la marca M. i. j. 3, y fué sin duda escrito en el primer tercio del siglo XIV. Como prueba de que en esta edad siguió también por otras sendas la España Oriental el movimiento impreso á las letras en la corte de Castilla durante el siglo XIII, recordaremos aquí los *Laoors de Madona Santa Maria*, *El Purgatori de Sant Patrici*, romanzado por el legista (sabi en dret) En Ramon Ros y dirigido á madona Ne Beatriz de Belpuig en 1315 (Bibl. Esecur., cód. id., id., fól. 12), y las *Vides de Sancts*, incluidas en el mismo códice; obras todas con que parecía responder la literatura catalana á los esfuerzos del Rey Sabio, de don fray Pedro Pasqual, del monje don Pedro Marin, de Alfonso de Valladolid y de otros escritores que van ya examinados.

<sup>1</sup> Barbosa Machado en su *Biblioteca Lusitana* atribuye al rey don Alfonso I una *Historia da conquista de Santaren*, escrita en lengua latina (t. I, pág. 13). Si en realidad existiera esta narración, podría don Alfonso ser colocado entre los escritores del siglo XII; pero no como historiador vulgar, sino como imitador de la literatura latino-elesiástica, que es cuanto puede concederse.

licia por largo tiempo el derecho de paternidad; y su lengua, empleada de antiguo en los cantos populares, fué vista por los portugueses con singular respeto, recibiendo cierta manera de consagración poética, según antes de ahora advertimos <sup>1</sup>. Al sentirse ya algún tanto robustecida, aspiró aquella cultura á mostrarse independiente, anhelando tener vida propia; pero la «*verdadeira aurora das lettras em Portugal*» rayaba cuando la literatura que lleva el nombre de española había hecho largas y muy gloriosas jornadas <sup>2</sup>.

Debe, no obstante, repararse, al leer los nombres de los más famosos poetas eruditos de Portugal, en la condición social de los mismos; pues que ya fuese por seguir las huellas de los reyes de Castilla y de Aragón, ya por el nobilísimo deseo de fomentar con el propio ejemplo la cultura intelectual de su pueblo, apenas hay memoria de trovador que desde fines del siglo XIII á mediados del XIV no perteneciera á la familia real ó á la primera nobleza. Mencionamos ya antes de ahora el nombre de don Dionís [dom Diniz], nieto del Rey Sabio, de cuyas manos recibe la orden de caballería y á cuya imitación cantó las alabanzas de la Virgen <sup>3</sup>. Más afortunado que su abuelo, compilaba este monarca las antiguas leyes portuguesas; y mientras aplicándolas á la gobernación del Estado, abría una Era de prosperidad para sus pueblos, creaba Estudios generales para el fomento de

<sup>1</sup> Véase el cap. IX de esta II.<sup>a</sup> Parte, t. III.

<sup>2</sup> Algunos escritores portugueses fijan esta época en el reinado de «don João I, ó eleito do povo é ó mais nacional de todos os seus reis.»—Nosotros creemos, sin embargo, que sin los ensayos que preceden á la referida edad, no hubiera llegado á tener carácter ni vida propia la literatura portuguesa del siglo XV. Los estudios hechos últimamente sobre este punto confirman plenamente nuestra opinión.

<sup>3</sup> Duarte Nuñez en su *Crónica de don Diniz* (pág. 134) y Brandão en su *Monarquía Lusitana* (Parte V, lib. XVI, cap. 3) señalan como obras poéticas de don Dionís: 1.<sup>o</sup> *Cancioneiro de Nossa Senhora*; 2.<sup>o</sup> *Cancioneiro de varias obras* Barbosa asegura en su *Biblioteca* (t. I, pág. 627) que el segundo *Cancioneiro* «*appareceo em Roma, quando reinava em Portugal don João III;*» y este es el MS. de la Biblioteca Vaticana, de que se han sacado últimamente las poesías del rey don Dionís, publicadas en París el año de 1847, anotadas por el doctor Caetano Lopez de Moura, á costa del librero Mr. Ailland.

las ciencias y las letras y favorecía en su corte á los que se preciaban de eruditos, ganando para sí colmados elogios, que repetía en Castilla un siglo despues de su muerte, al mencionar sus obras poéticas, el docto marqués de Santillana <sup>1</sup>. Imitábanle sus hijos: Alfonso IV, que hereda la corona [1325], don Pedro, conde de Barcellos, y don Alfonso Sanchez, conde de Alburquerque, que se reconocen sus bastardos, no solamente procuraban ser dignos de la fama de ilustrados, alcanzada por su padre, sino que se tenían tambien por consumados trovadores <sup>2</sup>. Trascendía esta afición á don Pedro I [1357], cuyos amores desgraciados fueron tal vez el primer incentivo de su musa, sosteniéndose en todo el siglo XIV en la corte de Portugal aquel mismo espíritu poético, que fomentaba con igual predilección el desarrollo de otros elementos literarios <sup>3</sup>. El rey don Dionís es designado como autor

1 El marqués de Santillana dice en su *Carta al Condestable*: «Acuérdomene, señor muy magnífico, leyendo yo en edat non proveceta, mas assaz pequeño moço en poder de mi abuela doña Mencia de Cisneros, entre otros libros, aver visto un grand volumen de cantigas, serranas, é decires portugueses é gallegos, de los quales la mayor parte eran del rey don Dionís de Portugal; cuyas obras aquellos que las leían loauan de invenciones sotiles et de graçiosas é dulces palabras» (núm. XV). Puede consultarse para formar juicio de estas poesías el cap. VIII del t. I. del *Ensayo Biográfico crítico* sobre los poetas portugueses de Costa é Silva.

2 Las poesías de don Alfonso Sanchez no han llegado á nuestras manos y sobre las de don Pedro hay diversas opiniones. El erudito Varnhagen, citado antes de ahora, tiene por cosa cierta que son las publicadas por Stuart y reproducidas en parte por Bellerman en su excelente opúsculo *Die alten Liederbücher der Portugiesen*, etc.—Apóyase en la autoridad del erudito Juan Pedro Ribeiro y en la declaración hecha por el conde en su testamento, mandando «ó seu livro das *Cantigas* all rey de Castella». Pero aunque la opinión de Ribeiro, al manifestar que había gran semejanza en el estilo y lenguaje de las expresadas poesías, fuera incontestable, aunque no haya duda en que don Pedro compuso un libro de *Cantigas*, todavía no se concluye de aquí, ni el Sr. Varnhagen aduce prueba verdaderamente histórica, que sea el «*Cancioneiro* do colegio dos Nobles» y no otro el debido al conde de Barcellos. Este punto de la historia literaria de Portugal exige mayor ilustración, y á la verdad no la ha recibido de manos del erudito Costa é Silva, como era de esperar, en su *Ensayo-biográfico-crítico* (Cap. III del t. I).

3 Resende, que insertó en su famoso *Cancioneiro* multitud de poesías

de una obra que trata *Dos officios principaes da milizia*; don Pedro de Barcellos, tenido por muy celoso cultivador de las ciencias, del *Nobiliario*, que lleva su nombre: mas adelante se hacían algunos notables ensayos en el cultivo de las crónicas <sup>1</sup>.

Mas ¿hasta qué punto aparece hermanado con el carácter nacional y con el que á la sazón presentaban las letras eruditas de Castilla el movimiento poético de la corte portuguesa...? Los pocos escritores, así lusitanos como alemanes y franceses, que han

de los siglos XIV y XV, comprendió en él únicamente cuatro canciones eróticas del rey don Pedro, las cuales empiezan:

- 1.<sup>a</sup> ¿Honde acharám folganza.  
2.<sup>a</sup> Ho desejosa folganza.  
3.<sup>a</sup> Mays dyna de ser servida.  
4.<sup>a</sup> Buem deseo me enbva.  
(Canc. fol. 72)

Reprodúcelas Bellerman en las págs. 22 y 62 del mencionado opúsculo, observando con razón que, atendido el espíritu y carácter del esposo de doña Inés de Castro, era de esperar mayor fuerza y energía en estos versos. También se han atribuido al rey don Pedro algunas poesías castellanas; y aunque el hecho no es inverosímil, todavía debemos observar que ni la canción citada por Barbosa, refiriéndose al *Cancioneiro* de Pedro Ribeiro, que no existe, ni la que inserta el mismo Rosende, ofrecen la debida autenticidad, siendo la última glosa de los cuatro primeros versos de la primera *cantiga* portuguesa y debida indubitablemente al siglo XVI.

1 Barbosa, *Bibl. Lusit.*, pág. 627; *El Nobiliario* del conde don Pedro, aunque muy imperfecto y alterado, fué dado á la estampa en 1640 (Roma, por don Juan Bautista Lavagha). Cítanse otros dos nobiliarios más antiguos que se custodian en la *Torre do Tombo*, circunstancia que no puede menos de llamar la atención de la crítica. En cuanto á las crónicas portuguesas debe consultarse la magnífica edición que con el título de *Portugaliae Monumenta Historica* ha comenzado á hacer, bajo la dirección del docto Herculano, la Real Academia de Ciencias de Lisboa en el año de 1856. En ella no sólo se incluyen los crónicas latinos, tales como el *Coimbricense*, el *Alcobacense*, el *Lamienense* y otros, sino también algunos portugueses, entre los cuales son notables, como más antiguos, la *Crónica breve del archivo nacional* y la de Santa Cruz de Coimbra, de que se insertan cuatro fragmentos. Sin embargo, ninguno de estos documentos vulgares pasa mas allá de la segunda mitad del siglo XIV. Respecto de los nobiliarios portugueses, es de suma importancia la *Memoria sobre á origen provavel dos livros de lingagens* que dió á luz en 1854 el indicado Herculano, trabajo que como los *Monumentos* citados debemos á su cortesía y buena correspondencia literaria.

fijado la vista en esta edad de la poesía de nuestros occidentales, reconocen cierto parentesco provenzal en su estructura artística, si bien descubren al mismo tiempo el sello individual de los sentimientos de cada personaje y aun la relación de las creencias y las costumbres de aquel siglo; pero siempre en el círculo de la erudición, que aun armada de la ciencia, no alcanza á fecundar la fantasía; siempre lejana de la esfera popular, único terreno en que arraigaba y debía desarrollarse la verdadera poesía portuguesa. Manifestaban en efecto los cantos eruditos de don Dionís y de sus hijos que ni las formas ni el mismo espíritu literario que los animaba, eran connaturales á aquella nacionalidad, tan pagada de su independencia, y ponían de relieve que aun en medio del entusiasmo patriótico que los distingue, no pudieron los reyes ni los magnates portugueses echar de sí la original influencia de la poesía gallega, que por especialísima excepción había recibido las expresadas formas provenzales, con los peregrinos de Santiago. Sólo en los tiempos del rey don Pedro I cambia algún tanto el carácter de la poesía lusitana; pero no para hacerse más popular, no para cobrar mayor energía, sino para aumentar sus galas exteriores, hermanándose de nuevo con la poesía literaria de los castellanos, que había experimentado ya diversas transformaciones. Así que, ni dieron las «sotiles invenciones» ni las «graciosas et dulces palabras» del rey don Dionís y sus imitadores cabal idea de lo que era y deseaba ser la nación portuguesa, durante el siglo XIV, ni pudo el arte seguir de lleno en aquellas regiones el movimiento didáctico-simbólico, dentro del propio siglo. Cuando la literatura lusitana se halló á punto de seguir el movimiento general que llevaban entonces las letras españolas, se había operado ya en las partes centrales de la Península la doble transformación que da carácter á las producciones de nuestros ingenios desde mediados de la referida centuria <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Debemos advertir que no son estos los únicos poetas que en la primera mitad del siglo XIV produce Portugal: el conde de Barcellos menciona en su *Nobiliario* á un *Juan de Gaya que fue buen trovador* (pág. 120), un *Juan Garcia Esgaraña, buen trovador* (pág. 137), un *Esteban Annez de Valladares, el trovador* (pág. 151) y un *João Martinez, el trovador* (pá-

No sea esto decir que la existencia de los régios poetas de Portugal, dando el triunfo á los doctos, anula allí todo sentimiento de patriotismo, haciendo enmudecer á la musa popular y guerrera: fuera de la poesía oral, estrechamente enlazada con la de los castellanos, existió en las regiones occidentales durante la primera mitad del siglo XIV la poesía histórica, que segun observaremos en otro capítulo, guardaba también estrecha analogía, así en la forma como en el asunto de sus cantos, con la cultivada por los poetas de Castilla <sup>1</sup>. Ciertamente es que no son muy abundantes las pruebas de esta verdad histórica, transmitidas á nuestros días; pero el nombre de Alfonso Giraldes, que en 1340 peleaba en la batalla del Salado bajo las enseñas de Alfonso IV, auxiliar del XI de Castilla, aparece unido á un poema histórico, en que se cantaba aquella gran victoria, dándose al propio tiempo noticia de otras obras del mismo género <sup>2</sup>. Tampoco

*gina* 279). Segun las palabras del conde, cuando este escribió el *Nobiliario* unos habían muerto, otros vivían, de modo que todos florecen antes de mediar la indicada centuria. En cuanto á las formas poéticas adoptadas por estos trovadores, no será malo notar que Sismondi y otros suponen (*Litt. du Midi*, t. IV, pág. 273) que en época tan lejana fué ya cultivado el soneto en el *metro italiano*, evidente imitación de Petrarca. Pero es cosa averiguada que los dos sonetos á que se alude y fueron atribuidos ya á don Alfonso IV, ya á don Pedro, hijo de don Juan I, son obra de Antonio de Ferreira, quien los escribió en antiguo portugués para celebrar á Vasco de Lobeira, autor del *Amadís* (Bellerman loco. cit., pág. 7). El verso endecasílabo era, sin embargo, conocido y empleado, como en Castilla, y así como don Alfonso el Sábio lo usó repetidamente en sus *cantigas* gallegas, lo usaron también el rey don Dionís y el conde de Barcellos, antes mencionados (Costa é Silva, *Ensaio biográfico-crítico*, cap. VII y VIII).

<sup>1</sup> Véase el cap. XXI del presente volumen.

<sup>2</sup> En efecto; en la obra de Alfonso Giraldes se leen ciertos versos, en que se hace mención de un poema, en celebridad del abad de Lorbão, don Juan, vencedor de los sarracenos en diferentes algaradas. Los citados versos, que dan también noticia de otra obra poética, dicen:

Outros falam da gran rason  
Da Bistoris, gran sabedor,  
E do Abbade dom João  
Que venceo Rei Almanzor, etc.

Como notaremos en más oportuno lugar, no es para despreciada la circuns-